

049

DOCUMENTOS

SINDICALISMO Y FEMINISMO

**Camino y propuestas para construir
un sindicalismo feminista**

SINDICALISMO Y FEMINISMO

Caminos y propuestas para construir un sindicalismo feminista

1. QUÉ ES UN SINDICALISMO FEMINISTA Y POR QUÉ ES NECESARIO LLEVAR A CABO UN SINDICALISMO FEMINISTA	3
2. ¿QUÉ PROPUESTAS SE PLANTEAN?	7
3. HERRAMIENTAS Y ANÁLISIS EN CLAVE DE FUTURO	14
LOS SINDICATOS FORMAN PARTE DE NUESTRAS VIDAS	16

Documentos 49

Julio de 2021

www.mrafundazioa.eus

@mrafundazioa

*Esta es la transcripción de la mesa redonda
"Encuentros entre feminismo y sindicalismo",
organizada por Defender Andalucía el 19 de mayo de 2021.*

1. QUÉ ES UN SINDICALISMO FEMINISTA Y POR QUÉ ES NECESARIO LLEVAR A CABO UN SINDICALISMO FEMINISTA

Pastora Filigrana

El sindicalismo de base, el sindicalismo de clase, son esas organizaciones de trabajadores que se organizan a partir de sus padecimientos como trabajadores/as e intentan desde su dolor individual articular una respuesta colectiva e incidir en la realidad y cambiarla. Intento diferenciarlo del sindicalismo mayoritario, institucional: no son organizaciones que organizan trabajadores/as en primera persona defendiendo sus intereses, sino macro estructuras que se han convertido en agentes sociales, más comprometidos con mantener la paz social, en una situación de equidistancia entre los trabajadores y la empresa o la patronal. Cuando hablo de sindicalismo, me refiero al sindicalismo de clase.

El sindicalismo de clase tiene una pretensión más allá de conquistar derechos en luchas concretas, tiene la voluntad de impugnar el orden socio-económico que sitúa a los trabajadores y a las trabajadoras en situación de explotación. Cualquier máquina de guerra, como es en este caso el sindicalismo de clase, que quiere impugnarlo todo, un orden económico donde la inmensa mayoría de la población mundial se ve forzada a vender su fuerza de trabajo en el mercado para conseguir una renta que le permita sostener una vida digna, debe impugnar forzosamente el patriarcado. Lo que mantenemos las feministas de clase o las feministas anticapitalistas es que el patriarcado forma parte intrínseca de estas reglas del juego económico y que, efectivamente, el género es un criterio por el que se reparte la riqueza y el trabajo en el mundo. Esto es lo que hace que el trabajo peor pagado, peor reconocido, y de mayor precariedad en el mundo entero lo vengán realizando las mujeres. Entre las mujeres, las más pobres. El patriarcado y el capitalismo son como decimos una "alianza criminal". Es real. Por tanto, el primer motivo por el que es necesario llevar a cabo un sindicalismo feminista es que, nece-

sariamente, hay que cuestionar el patriarcado, sin dejarlo como una cuestión secundaria, si queremos atacar al corazón de la bestia.

Un segundo motivo es que, paradójicamente, los trabajos más esenciales son, a la vez, los más precarios, tal y como lo hemos visto en la pandemia; los trabajos que sostienen la vida cuando el riesgo ha sido manifiesto, hemos visto que son muy importantes: la gente que cuida de personas enfermas, la gente que limpia, las que mantienen la sanidad, las personas que producen los alimentos y trabajan el campo. Son sectores estratégicos, esenciales, que sostienen el resto de la economía. Cuando muchas nos hemos ido a teletrabajar o al ERTE, ha habido personas que no han podido parar. Estos sectores más esenciales, paradójicamente son los más precarios, y son los más feminizados y racializados. Hoy en algún momento, también tendremos que hacer esta reflexión: no solo es un feminismo de clase, sino también un sindicalismo antiracista.

Estos sectores más feminizados, son los más esenciales. Yo creo que la lucha en estos sectores, principalmente protagonizada por mujeres trabajadoras, juega un papel clave a la hora de la conflictividad sindical. A la hora de ese efecto dominó, de cambiarlo todo. Porque, efectivamente las mujeres mueven el mundo, la economía. El trabajo de las mujeres, tanto el no pagado como el pagado, o mal pagado, es un mal. Sería estratégico para el sindicalismo: una mayor conflictividad en estos sectores traería ese efecto dominó, que repercutiría en otros sectores económicos.

Las huelgas del 8M intentaban evidenciar esto, con todas las dificultades de hacer una huelga de cuidados. Algunas autoras feministas creen que precisamente es esa incapacidad lo que evidencia que el trabajo de cuidados sostiene el mundo. Estos trabajos de cuidados son estratégicos para el sindicalismo. Verdaderamente si se consigue una mayor conflictividad, mayores derechos laborales, mayor reconocimiento de estos sectores, no solo estamos ganando derechos para un sector muy feminizado, sino que estamos atacando el modelo económico en general. Ello conllevaría una mayor redistribución de riqueza y todo un nuevo orden económico.

Si mañana las trabajadoras domésticas tuvieran derecho al desempleo, no solamente estaríamos consiguiendo una victoria, sino que estaríamos

redistribuyendo la riqueza, poniendo el cuidado en el centro y cuestionando el orden, recolocando la correlación de fuerzas entre el trabajo y el capital. Las luchas de las mujeres trabajadoras de los sectores más precarizados son estratégicos y vienen a salvarnos a todas.

El sindicalismo tiene que darse cuenta de esto. El sindicalismo de clase tiene que dar un lugar principal a la lucha de las mujeres trabajadoras precarias. Tiene que tener esa mirada feminista: ¿por qué son estas trabajadoras las más precarias? Y plantear la lucha desde ahí. No solo por una cuestión ética o de compromiso con el feminismo, sino porque verdaderamente es estratégico para la clase trabajadora.

Jone Bengoetxea

Parecía que sindicalismo y feminismo no engrazaban, que era un oxímoron. Últimamente no paran de llamarnos en torno a esta cuestión, cuando en realidad hace muchos años que ha habido luchas de mujeres, tanto en Euskal Herria como en el estado español. Cuando hablamos de sindicalismo feminista, me pregunto: ¿quién nos va a decir qué es el sindicalismo feminista? ¿el movimiento feminista? ¿la clase obrera? ¿quién pone la bandera?

Desde el sindicato del que hablo, considero que hacemos un feminismo en construcción, pero quiero ver el día en el que podamos decir que somos un sindicato feminista. Los carteles e imaginarios del 1 de mayo se están feminizando. El feminismo en ELA, se hace desde la praxis. Es un proceso en construcción cada día y, sobre todo, desde los centros de trabajo. También en alianza con el movimiento feminista.

ELA es un sindicato inusual, una *rara avis*. Es un sindicato que tiene 110 años, tiene 101.000 personas afiliadas (en un territorio de 2.800.000 de habitantes), tiene 9.000 delegados y delegadas, y somos 300 personas más o menos en la estructura orgánica política. Somos un sindicato de clase soberanista, que defiende un modelo de contra-poder, en contraposición al modelo de concertación: el que se hace en las mesas de diálogo social, más de pactismo institucional con sindicatos más grandes, burocráticos y a nivel estatal. Es decir, ELA está en una confrontación directa con los sindicatos de concertación.

Somos feministas en construcción. No me atrevo a decir que somos un sindicato feminista. Sí es cierto que cada día tenemos luchas laborales feministas en muchos centros de trabajo y que cada vez más mujeres formamos parte del sindicato, tanto en sus estructuras como en la afiliación. Para nosotras el dato a día de hoy es que el 46% de la afiliación de ELA somos mujeres.

Otro rasgo característico de ELA es la autonomía política no partidista y la autonomía financiera. Esto es básico para la organización porque más del 90% del presupuesto del sindicato se financia vía afiliación. La caja de resistencia es otro elemento clave: más que un elemento de autonomía financiera es un elemento de solidaridad dentro de la clase trabajadora.

Es una organización, masculina y masculinizada, y nosotras, en el diagnóstico interno que hacemos siempre, vemos que, incluso, cuando se habla del interés general de la clase trabajadora, se hace en nombre de los intereses y las necesidades de los hombres en el mundo del trabajo. Sabemos que el mundo del trabajo está dividido sexualmente y esto tiene consecuencias e impactos diferenciados para hombres y mujeres. Y este supuesto interés general de la clase trabajadora, no responde a la heterogeneidad existente dentro de clase trabajadora. A día de hoy podemos hablar de género, raza y clase. Hasta hace poco, esto era impensable. Todavía es difícil cuando lo llevas a la negociación colectiva, por poner un ejemplo.

Un sindicalismo feminista es necesario, la propia realidad lo marca ya. No es que desde el sindicato hayamos diseñado una estrategia, que también, sino que, básicamente, es la propia realidad de lo que está pasando en el mundo del trabajo y en los sectores feminizados y precarizados lo que nos ha traído aquí. Basta con mirar dónde está la precariedad en el mercado laboral formal asalariado (en el que nosotras desarrollamos nuestra acción sindical). A partir de la última década, la huelgas y los conflictos más duros, más complejos, más largos, han tenido lugar en los sectores feminizados. Y qué decir sobre el sector de las trabajadoras de hogar y de cuidados, quienes ni tan siquiera tiene derecho a la sindicalización, ni tienen una patronal, ni un convenio... Tienen un Régimen especial aparte. En este sentido, los sindicatos tenemos una deuda histórica.

Para nosotras las luchas centrales dentro del sindicato, han sido las huelgas en las residencias de personas mayores: han trascendido la imagen de ELA fuera de aquí, sobre todo en el estado español.

Tenemos la huelga de residencias de Bizkaia con 378 días de huelga, en Gipuzkoa llevan más de 250 días, en Álava y Navarra también están en esa dinámica de huelgas. En Vitoria hubo un centenar de mujeres casi 3 años de huelga en una residencia también de personas mayores, la residencia Ariznabarra. Esta huelga, la gente la desconoce.

La violencia sexual y sexista que se da en los centros de trabajo está absolutamente invisibilizada. Incluso la patronal se atreve a decir que como no hay estadísticas, no existe. Los datos de la temporalidad, de la parcialidad, el desempleo, la brecha salarial... Una obviedad pero que todavía cuesta: que nosotras, las mujeres, no somos un sector. Hay todavía una tendencia a hablar de las mujeres como si fuésemos un sector, cuando somos la mitad de la clase obrera, la mitad de la población.

Para nosotras es imprescindible que la vulneración de los derechos de las mujeres esté en la primera línea estratégica del sindicato. Ello posibilitaría muchos procesos de autoconciencia, de confianza, de ganancia de poder interno y externo de las mujeres. No solo como mujeres sino como trabajadoras. Por eso decimos que el sindicato no es un fin en sí mismo, es un medio para conseguir cosas. Y como herramienta que somos tenemos que ofrecer recursos, como puede ser la caja de resistencia, los servicios jurídicos, los equipos de trabajo, las elecciones sindicales, las visitas a los centros de trabajo, el trabajo de formación política interna...

2. ¿QUÉ PROPUESTAS SE PLANTEAN?

Pastora Filigrana

No tenemos recetas infalibles, ya que es algo que se está construyendo día a día. El sindicalismo que habitamos no es feminista todavía. Mi experiencia, tanto en el sindicalismo clásico a través del SAT, como acompañando otras propuestas de sindicalismo autónomo: las asociaciones

de las trabajadoras de hogar, las asociaciones de migrantes sin papeles, actualmente la experiencia de las JornALERAS de Huelva en Lucha. En todo esto, se observa la ausencia de un diálogo para confluir. Muchas mujeres trabajadoras que han participado en una lucha, han optado por hacerlo al margen del sindicalismo. Es el caso de las asociaciones de las trabajadoras de hogar, históricamente se han organizado fuera de los sindicatos. Porque el sindicalismo no ha tenido en especial consideración estos sectores laborales, porque verdaderamente el modelo sindical actual casa muy difícilmente con estos sectores tan desregulados. Hay sectores, sobre todo los más feminizados, que han estado siempre desregulados, que no se han considerado trabajos del todo, no ha existido un patrón, ni un centro de trabajo... En el sector del servicio doméstico, la trabajadora está en una casa concreta, tiene un patrón concreto, no hay encuentros con otras compañeras. Es difícil articular una lucha sindical, al menos una lucha sindical a la imagen y semejanza de los sindicalismos tradicionales.

Esta es una de las causas, que hace que se organicen al margen de los sindicatos. La experiencia tan potente de las *Kellys*, las que limpian. Las trabajadoras del sector de la hostelería, de los hoteles y de los edificios de oficinas, también se constituyeron hace años de una forma autónoma en estas asociaciones que llamaron ellas, *Las Kellys*. En algunos territorios las asociaciones de las *Kellys* están integradas de alguna manera o van de la mano de los sindicatos de clase.

Actualmente en el SAT de Sevilla está la lucha de las auxiliares de clínicas y residencias de ancianos, las heroínas que en la pandemia han estado en primera línea. Tenemos secciones sindicales en algunos de estos centros, en este sector totalmente feminizado.

Estamos acompañando también las luchas de las trabajadoras de ayuda a domicilio: sector altamente feminizado y con una precariedad extrema, trabajan para la administración pública pero suelen ser subcontratadas por empresas que salen a licitar. Esto supone un recorte importante en el salario y en condiciones. Es otro ejemplo de "sector esencial" como vimos en la pandemia: lavar, cuidar, acompañar, asear, dar de comer a las personas dependientes que están desatendidas. Ellas se quejan del paternalismo que padecen de los sindicatos y reivindican mayor autonomía. Yo creo que el sindicalismo tradicional, con una estructura más bu-

rocratizada, más de resolver el conflicto laboral concreto desde lo legal, desde la acción judicial, desde la protesta también pero con una especie de “manual de protesta”, deja poco margen para la creatividad.

Hay que reinventar las formas del sindicalismo porque en el sector de las trabajadoras de hogar, por ejemplo, no se pueden hacer piquetes. Yo creo que estas luchas autónomas de mujeres trabajadoras, que son luchas sindicales, autónomas, están dando pistas de cómo articular el sindicalismo del futuro. Este sindicalismo social que para mí es muy importante.

Este sindicalismo que no se limita al eje del trabajo. Es decir, que no son personas trabajadoras que se organizan por sus derechos laborales en sus centros de trabajo, sino otras formas de organizarnos en torno a otros dolores de problemas sociales. El ejemplo de la plataforma de los afectados por la hipoteca es muy claro: gente que tiene un problema individual porque van a perder la vivienda, se une para articular una respuesta política colectiva.

Muchas de las luchas autónomas están ideando estas formas de sindicalismo social. Las trabajadoras de hogar, son un sindicalismo más social, donde no solo se apoyan en la reivindicación laboral sino que son espacios de apoyo mutuo, donde se sostienen cuando hay una situación de enfermedad, de riesgo de pérdida de la vivienda, de pérdida del empleo. Son mutualistas, ¿no?

Yo creo que el primer sindicalismo tuvo que ser un poco así, en el siglo XIX, no solo se inventaron para el conflicto laboral, todas estas cooperativas de vivienda, los economatos, estos llamamientos al mutualismo de base iba un poco por ahí. Gente que se juntaba para sostener su vida en una situación de ataque constante: en la enfermedad, en el desempleo, en la vivienda, en los suministros, en la alimentación... Con el paso del tiempo se ha cerrando al ámbito estrictamente laboral y muchas veces copiamos modelos de “servicios”: alguien viene con un problema y se lo solucionamos, y nos olvidamos de esta toma de conciencia, de esta construcción de la militancia.

Yo creo que el sindicalismo autónomo feminista que se está creando nos da muchas pistas de cómo tendríamos que hacer un sindicalismo nuevo para lo que viene. El trabajo cada vez está más desregulado (Uber,

riders, falsos autónomos, el teletrabajo...) y cada vez más se asemejan a las situaciones extremas que padecen desde siempre las trabajadoras domésticas.

El sector del campo, también muy feminizado y racializado, también tiene esta tendencia. Muchos otros sectores se están acercando a esta situación, que implica no ser reconocidos del todo como trabajadoras.

Yo creo que el sindicalismo en lugar de ver estas luchas desde un paternalismo o superioridad organizativa, tiene que copiarlas. El propio modelo centralista, jerárquico, organizado en sectores muy firmes (metal, educación, administración pública...) tiene que reinventarse porque ya no funciona: la gente ya no tiene un trabajo para toda la vida.

La descentralización, la horizontalidad que aboga el feminismo y que las luchas autónomas de mujeres ponen en práctica son buenas pistas.

Yo creo que estamos creando un sindicalismo feminista. Soy una firme defensora de que el sindicalismo no puede morir, tiene que reinventarse, mejorar... Pero necesitamos estas máquinas de guerra.

La propuesta de salida de esta crisis es "que lo paguen los trabajadores y las trabajadoras: recortes de salarios, servicios públicos, prestaciones...". Creo que necesitamos un sindicalismo sano, bien engranado y con una solidaridad obrera fuerte, internacionalista.

ELA tiene 100 años de experiencia, no se puede prescindir de eso. Pero hay que reinventarse como se ha reinventado el capitalismo. El neoliberalismo se está reinventado cada día y, a veces, estamos luchando con máquinas caducas y oxidadas. Tenemos que encontrar ese diálogo y ese contagio, porque nos va la vida en ello.

Jone Bengoetxea

A veces, como feminista, dentro del sindicato, me encuentro con momentos de resistencia en la organización. Como también siento resistencias con respecto al movimiento feminista. En vísperas de la primera huelga feminista del 8 de marzo, en una jornada organizada por la

diputación de Gipuzkoa de más de 300 mujeres, se propuso a las expertas que hablaban la siguiente cuestión: el miedo a que los sindicatos se apropiasen de ese día. En esa sala, llena de mujeres, no había cajeras de supermercado, ni trabajadoras de residencias, ni empleadas de hogar... Eran todas de perfiles como el mío, de gente que había estudiado, con empleos estables y bien remunerados, que milita y es activista feminista, y me llamó mucho la atención. ¿De verdad una parte del feminismo nos mira así a los sindicatos en general? Es una anécdota que muestra cómo algunas echamos de menos la mirada de clase en este tipo de encuentros feministas. La estructura y sociología de nuestro pueblo también tiene mucho que decir.

En ELA tenemos dos principales líneas de trabajo: la negociación colectiva y las propuestas dentro del modelo de sociedad. Dentro del modelo de sociedad feminista por el que abogamos, nuestra aportación al feminismo se hace en las luchas concretas en los centros de trabajo, en los sectores feminizados. Ahí es donde le decimos al feminismo que nuestra aportación es la huelga de residencias, la de los servicios de ayuda a domicilio, la de limpieza, la de comercio, la de hostelería...

A veces cuando nos preguntan qué hace ELA por la construcción nacional, les decimos: afiliamos mujeres, que ni son soberanistas, ni están ideologizadas, ni son militantes feministas. Afiliamos y organizamos mujeres trabajadoras de sectores sociales populares.

Igual es poco, pero la construcción nacional también se hace en los centros de trabajo. Es una parte, luego nos tenemos que articular entre mucha gente. Pero los logros concretos de las huelguistas de las residencias trasciende a otros sectores laborales. Efectivamente, hay que reinventar nuevas formas de organización y de trabajo, pero en 378 días de huelga, hay mucho más que una lectura laboral: si algo nos han dado las huelgas laborales feministas, y que las diferencia de las huelgas del metal o de sectores masculinizados, son muchos aprendizajes de práctica feminista. Para nosotras estas mujeres forman parte de la genealogía feminista.

Cuando se ganó la huelga en las residencias de Bizkaia nos llamó mucho la atención porque trascendió mucho al Estado, y en Euskal Herria no se nos dio tanta cobertura. Nos llamaron de revistas, grupos, asociaciones estatales feministas, que querían conocer los procesos de empoderamiento.

miento de las huelguistas. Todas querían saber qué había pasado en sus vidas personales, que por supuesto era importante. Pero nadie quería saber cómo tienes a mil tías en la calle 378 días. Tampoco cuántos juicios, cuántas asambleas, cuántos lloros, cuántos años de trabajo tienes ahí. Detrás había un trabajo sindical de 20 años. Estas mujeres además no son mujeres activistas en su mayoría. Aquí está esa peculiaridad de ELA. Mientras inventamos una nueva forma de hacer sindicalismo, sindicalismo feminista, el perfil de la gente con la que trabajamos no es activista. Partimos de las necesidades materiales, y nuestro mayor objetivo es que esta gente pueda llegar a ser militante social, o que al menos esta lucha laboral trascienda. Obviamente dando muchísimo valor a lo conseguido en lo laboral.

Al principio de la pandemia el sindicato sacó un documento que reunía propuestas y alternativas concretas ante la crisis de la Covid, y desde el área de políticas feministas sacamos otro documento que se llamaba: La salida de la crisis será feminista. Es un documento extenso donde se plantea una batería de medidas para satisfacer las necesidades materiales de las personas. A su vez, se hablaba del reconocimiento social y económico de los trabajos de cuidado, de qué trabajos son esenciales para la vida; defiende el derecho de las cuidadoras y el derecho de las personas a ser cuidadas. El documento apunta también la necesidad de un sistema público universal vasco de cuidados. Esto, en la agenda social política y feminista, es uno de los grandes temas que hay ahora. De hecho ha habido tres huelgas de cuidados: el 7 de noviembre, el 26 de enero y el 4 de marzo los sectores de cuidados del mercado laboral formal, pero las trabajadoras de hogar también estaban llamadas, convocamos una huelga, no con pocas dificultades, pero han supuesto un salto cualitativo. No fue una decisión de la cúpula de los sindicatos sino que las propias trabajadoras también lo demandaban. “¿Para cuándo la huelga de los cuidados?”.

Dentro de nuestras propuestas políticas la cuestión de una reforma fiscal progresiva es muy importante: para que el pago de los impuestos caiga en mayor medida sobre el capital, y no sobre la clase trabajadora.

Sabemos que es difícil salirse de la lógica de la negociación colectiva clásica, pero nostras queremos hacer negociación colectiva feminista. Desde la visión clásica, los intereses de la clase trabajadora, han sido los

intereses y necesidades de los hombres. Cuando se han ido a negociar los convenios, nadie ha preguntado si hombres y mujeres teníamos las mismas necesidades e intereses. Estamos intentando dar pasos en este sentido. Tanto en los contenidos como en los procedimientos de las mesas de negociación. Hasta hace nada, no había mujeres en las mesas. No hay más que preguntar a las trabajadoras de las residencias, qué espacios tan patriarcales y duros son éstos. Es muy importante que las mujeres estén negociando en estas mesas.

El año pasado, 2020 hubo un conflicto importante en el sector del metal de Bizkaia, donde participaron todos los sindicatos y hubo acciones de calle directas (incluso se rompió maquinaria). Todo fue mediático. Al mismo tiempo en Gipuzkoa, muchas mujeres trabajadoras de las residencias llevaban muchísimos más días en huelga. Hicieron acampadas, *photocalls*, un festival de cine alternativo -Zaintzaldia- en el festival de Donostia... Sin quitarle importancia a la huelga del metal, ¿por qué la lucha de estas mujeres no tuvo tanta transcendencia mediática, en los movimientos sociales y en el movimiento feminista?

Las luchas de las trabajadoras de cuidados son luchas contra la precariedad de la vida y escenifican muy claramente el conflicto capital-vida. Incluso siendo luchas que tienen lugar en el mercado laboral formal: un mercado de precariedad salvaje. Ni qué decir de lo que queda fuera de este mercado. Las conquistas en este mercado laboral precarizado trascienden y hacen efecto cadena para otras trabajadoras de sectores precarizados. Necesitamos tener referentes de luchas y victorias.

Estos conflictos (Ariznavarra, residencias de Bizkaia y Gipuzkoa) tienen en común que son servicios que deberían ser públicos, pero están absolutamente privatizados. La administración pública mira para otro lado y elude sus responsabilidades. Esto es violencia institucional. Se ha convertido en mero negocio, les da igual lo que pasa en las residencias. A día de hoy, mas allá de las condiciones laborales, estamos pidiendo la reparación emocional de las trabajadoras. Hasta hace poco este tipo de reivindicaciones eran impensables en la reivindicación de un convenio.

Otro tema importante está relacionado con los servicios mínimos abusivos que se imponen en estos sectores, que incluso impiden el derecho a

la huelga. Con servicios mínimos del 100%, ¿quién puede hacer huelga si somos tan esenciales?

La lucha contra la brecha salarial es muy importante, sobre todo en el sector de limpieza. Los planes de igualdad en las empresas se pueden utilizar para hacer una especie de blanqueo, pero, un buen uso de ellas, podría ayudarnos a avanzar hacia una negociación colectiva más feminista.

3. HERRAMIENTAS Y ANÁLISIS EN CLAVE DE FUTURO

Pastora Filigrana

Creo que tenemos una doble tarea: tenemos que sindicalizar el feminismo y tenemos que hacer más feminista el sindicalismo. Las dos cosas. El feminismo es una gran herramienta de aglutinación de dolores de barriga y de malestares cotidianos y concretos. Está apelando tanto a la inseguridad de las mujeres en el espacio público, a las agresiones sexuales, a la violencia machista, a la diferencia salarial, a la desigualdad en el acceso a los bienes más básicos para la vida y a los derechos sociales... El feminismo posee esa gran fuerza de sumar y se ha hecho masivo, con todo lo bueno y malo que eso conlleva. Tiene como riesgo, convertirse el algo *mainstream*, y puede que las consignas se suavicen...

El feminismo tiene capacidad de impugnar a la totalidad: el conflicto de capital-vida y la ordenación económica y social a nivel global. Es una herramienta válida que tenemos que cuidar, pero su éxito va a depender de la capacidad que tenga de posicionarse al lado de la clase trabajadora. Es decir, de bajar a lo material, a la materialidad de la vida. Esa función, de cara al futuro, de convertir el feminismo en un feminismo de clase, es necesario, y nos toca a nosotras. Las sindicalistas feministas, lo estamos viendo día a día.

A la vez, de cara al futuro, nos toca trabajar esa conciencia feminista dentro del sindicalismo. La precariedad tiene nombre de mujer, el trabajo de las mujeres es clave y sostiene la economía. Hay que apelar por un

plan estratégico del sector de cuidados, como se hace en sectores como el del metal.

El sindicalismo no va a tener capacidad de incidencia si no atiende las luchas de las mujeres igual que ha venido atendiendo las luchas del metal.

Parece que hay una élite obrera que se lleva la atención: la más masculinizada y la más autóctona.

¿Cómo conseguirlo? Esto que estamos haciendo, poner en común estas reflexiones, propagarlas, ayuda a difundir estas ideas. Para apoyar este sindicalismo feminista, tenemos que escucharnos más a menudo.

Jone Bengoetxea

Creo que las feministas que estamos en los sindicatos necesitamos encontrarnos. En las coordinadoras feministas hay compañeras que desconfían de los sindicatos. Entiendo su desconfianza, pero las animo a afiliarse a sindicatos que hacen contra-poder. Solo con eso, ya se está posibilitando que la gente que sale a la huelga cuente con la caja de resistencia.

De cara al futuro, quiero hacer dos lecturas: a nivel interno y a nivel externo. A nivel interno, dentro de ELA, llevamos desde el 2014 en un proceso de "cambio organizacional pro-equidad de género". Está siendo una revisión interna de la propia cultura de la organización sindical. Pensamos que sería un proceso de dos años, llevamos siete y todavía no hemos terminado. Todas las políticas feministas internas del sindicato van a cambiar y están suponiendo un cambio de cultura, un revulsivo dentro de la organización, que necesitará su tiempo para implantarse.

A nivel externo, sabemos que todas las luchas son complementarias, que tenemos que estar articuladas constantemente. Sobre todo desde el movimiento sindical feminista, algunas voces están pidiendo que nos hace falta una épica feminista obrera. Es un concepto muy masculino, que si reconceptualizamos, podríamos decir *ápika* (haciendo un juego de palabras en euskera). Tenemos relatos, historias, conflictos, pero no hay una *ápika* propia obrera feminista. Se está construyendo pero no está teniendo la relevancia que debería tener.

De cara a las militancias sociales, para nosotras seguir afiliando mujeres trabajadoras de sectores sociales populares sigue siendo clave. Ojalá dentro de la clase obrera hubiera más personas ideologizadas, ojalá pudiéramos enchufar feminismo y sindicalismo. Muchas veces las trabajadoras se afilian por que el sindicato les es útil. A partir de ahí, si puedes hacer un proceso, genial. Los despertares son muy emocionantes; gente que en la vida se hubiera visto en un sindicato, de repente está militando.

Como auto-crítica hay que reconocer que, a veces, las trabajadoras precarias sienten lejos el activismo.

La cuestión de la digitalización también nos preocupa en el sindicato, de cara al futuro. Estamos viéndolo ya en Inditex: el teletrabajo, la atomización de las relaciones laborales. Todo esto dificulta cada vez más la organización colectiva.

“Los sindicatos forman parte de nuestras vidas”

Cloti Quesada (*Trabajadora social y militante del SAT*)

La pobreza feminizada y la vulneración de los derechos humanos son dos cuestiones que en esta pandemia han salido a flote en cientos de puestos de trabajo e incluso en las propias casas. Sobre todo en las tareas esenciales de cuidados. Se está fomentando una mayor pobreza femenina y los puestos de poder siguen estando ocupados por los hombres. Ante este capitalismo que tanto defiende el individualismo, los sindicatos son necesarios.

Es necesario hablar “del techo de cristal”, de la necesidad de romper esas barreras en los puestos del poder. Si hubiera igualdad en estos puestos, seguramente el sindicalismo feminista sería mas fuerte.

El sindicalismo feminista es necesario, no solo para la clase trabajadora sino más allá: el entorno de la clase trabajadora sufre también la vulneración de derechos.

Las organizaciones sindicales, necesitan esa igualdad: las mujeres deberían ocupar más puestos de poder. Es necesario reforzar la

formación y la información en el ámbito laboral. Tanto en el trabajo social como en la ayuda a domicilio, he observado una gran falta de información. A la hora de formar para la acción o la huelga, las trabajadoras desconocen qué derechos tienen como trabajadoras. La información da poder a las personas. La gente, a pie de calle, no sabe lo que es el sindicalismo, y menos aún el sindicalismo feminista. La formación e información sindical, es imprescindible.

Durante la pandemia cuando no teníamos material para poder trabajar, ni mascarillas, ni EPIS, quise organizar una huelga y todas decían que sí, pero a la hora de la verdad, no todas participaban: por falta de información y por una segunda razón, el machismo. En las familias el machismo está muy incrustado. “No vayas a esta huelga a ejercer tus derechos porque te van a señalar, te van despedir...”.

La pandemia ha dejado a mucha gente sin recursos para comer, en peligro de quedarse sin casa; han sufrido ERTES, no les pagan el sueldo completo y lo que buscan es una estabilidad económica y bienestar. Hay que acabar con el maltrato institucional que sufrimos sobre todo las mujeres.

Los movimientos sociales y los sindicales se tienen que sumar y, para ello, es necesario que la sociedad civil normalice las huelgas y conflictos, y deje de percibirlos como algo extraño. Los sindicatos forman parte de nuestras vidas y muchos movimientos sociales han nacido a raíz del sindicalismo. Tienen que alimentarse el uno al otro, y no entenderse como algo diferente. Hay que ilusionar a las personas, darles voz, expresión para que sientan que forman parte de algo y luchen por eso.

Dentro de determinantes sindicatos, como es el caso del SAT, el sindicato que más conozco, se hace una gran labor social. Porque no solo se ayuda a las personas en el ámbito de los derechos laborales, sino también en temas como la vivienda, etc... En la tienda que tiene el SAT hay productos locales, practicando otro tipo de comercio más social.

El trabajo en el sector de cuidados genera a la larga un desgaste físico y emocional importante y queremos que se consideren las

bajas como enfermedad profesional, y no común. Porque el desgaste viene de los cuidados: cuando duchas a alguien, agarras a alguien que pesa, tu espalda sufre...

En las luchas del sector de la ayuda a domicilio, pedíamos la remunicipalización del servicio, las demás organizaciones sindicales, como UGT y CCOO, frenaban de alguna manera nuestras reivindicaciones. El hecho de que dependan del dinero que reciben del gobierno, hace que estén acomodadas.